

LA VOZ Y EL ECO DE EDWARD SAID

A veinte años de su partida y
en el bicentenario del Monroísmo



Jorge Hernández Martínez

En el mes de septiembre de 2023, el pensamiento crítico contemporáneo recuerda —en Oriente y Occidente, en el mundo desarrollado y el subdesarrollado—, la desaparición física de Edward Said, un intelectual que batalló incansablemente contra la injusticia, la injerencia y la dominación imperialista. La militancia con las causas emancipadoras la materializó en su profusa obra creativa, tanto en el ámbito de la cultura y el arte como en el de su acción en la práctica sociopolítica. Fue objeto de cuestionamiento, satanización y descalificación profesional por la ideología dominante de los principales centros de poder internacional, sobre todo por parte de la intolerancia gubernamental en Estados Unidos, medios académicos y de prensa identificados con el conservadurismo imperante en el Partido Republicano y en organizaciones de extrema derecha de la sociedad civil, algunas de orientación fascista. El eco de su pensamiento y acción resuena con fuerza en el presente, y su voz estimula a la reflexión, sobre todo en quienes, como Said, están persuadidos de que un mundo mejor es posible.

El día 25 del mencionado mes, en 2003, falleció a los 67 años en Nueva York, suceso previsto, dado su largo padecimiento de leucemia. Transcurridos veinte años del deceso del notable pensador y activista, comprometido con una cultura de resistencia y emancipación frente a la hegemónica, quizás sea más consonante con su espíritu retomar la vigencia de su legado, que recordarle con nostalgia, aunque ello también sea legítimo. Viene al caso, sobre todo, en un año en el que el Monroísmo —primera formulación doctrinal de política exterior estadounidense— cumple doscientos años.

Al recordar a Said a dos decenios de su partida, resultan oportunas las conocidas palabras de Bertold Brecht: “Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles”. Y también vienen al caso los versos de Rubén Martínez Villena: “¡Oh la pupila

insomne y el párpado cerrado! (¡Ya dormiré mañana con el párpado abierto!)”. Said era de los imprescindibles, de los que no dormían, en eterno desvelo, consagrado a su utopía, actuando consecuentemente para hacerla realidad.

1

De origen palestino, nacido en Jerusalén bajo el mandato británico, con nacionalidad norteamericana, sería uno de los críticos más lúcidos y de los activistas más destacados en la lucha contra el sionismo, la supervivencia del espíritu colonialista y la guerra imperialista contra Irak. Fue un defensor sobresaliente de la causa de la independencia palestina y uno de los iniciadores de los estudios postcoloniales. Junto a sus padres, siendo adolescente, emigró a Estados Unidos como parte del primer éxodo, al concluir la Segunda Guerra Mundial y ante el surgimiento del Estado de Israel, lo cual marcó su existencia y su identidad.

En ese país realizó estudios de literatura comparada y, sobre todo, anglosajona, en las universidades de Princeton y Harvard. A la par, adquirió una sólida formación en música clásica, ejerciendo la crítica en ese terreno y distinguiéndose, incluso, por su ejecutoria con el piano. Durante la mayor parte de su vida laboral fue profesor en la Universidad de Columbia, apropiándose desde temprano de la cultura occidental, pero junto a un creciente proceso de dialéctica profundización de una conciencia crítica hacia ella, de interiorización de su identidad palestina y árabe, llegando a ser miembro del Consejo Nacional Palestino. Su pensamiento y acción se desarrollaron en esa antinomia, entre su integración contradictoria a la sociedad norteamericana, de la que era parte y exponente, pero a la cual señalaba, con un consistente y firme dedo acusador, lo que llamó “corrupción de la democracia”. Por su condición, experiencias y trayectoria profesional, como palestino nacionalizado estadounidense, de fe protestante, Said vivió con un pie en el mundo occidental dominante y con otro en las tierras periféricas de los dominados. Pero lejos de una ambivalencia, tomó partido por la causa de estos últimos.

Ello se evidenciaría en su tesis doctoral, referida a la vida y obra de Joseph Conrad, convertida en su primer libro. Al respecto, en un texto breve, *Entre dos mundos* —donde lleva a cabo un ejercicio de introspección cual psicoanálisis freudiano—, Said hace explícito su modo de pensar y sentir:

En el primer libro que escribí, *Joseph Conrad and the Fiction of Autobiography*, publicado hace más de treinta años, y luego en el ensayo titulado “Reflections on Exile” que apareció en 1984, puse a Conrad como ejemplo de una persona cuya vida y obra parecían

El pensamiento crítico latinoamericano tiene ante sí la responsabilidad de enfrentar el desafío y de asumir la función que ha descrito Said

encarnar el destino del trotamundos que llega a ser escritor consumado en una lengua adquirida, pero que nunca llega a desembarazarse del sentimiento de ser ajeno a su nueva casa —la adoptada—, a la que, como ocurre en el muy especial caso de Conrad, admira.¹

Podría decirse, metafóricamente, que esa mirada era la de una persona frente al espejo. Asentado e insertado en la agitada vida de una ciudad como Nueva York, la cual admiraba por su cosmopolitismo y diversidad cultural, pero atrapado a la vez por su identidad árabe-palestina, nunca erosionada, Said comenzó a acrecentar su prestigio como profesor e investigador en culturas comparadas, convirtiendo el tema de la identidad en eje de su quehacer docente y creativo. La identidad estaría en la base de su derivación intelectual literaria y artística hacia la reflexión política, a raíz de la guerra expansionista de Israel en 1967, de la ulterior beligerancia del sionismo y de la articulación del *lobby* judío con las estructuras de poder de Estados Unidos. En ese sentido, Said dedicó buena parte de su obra al escrutinio y desenmascaramiento de la manipulación política de los sucesivos gobiernos de ese país, desmontando con precisión y agudeza los vínculos entre la toma de decisiones políticas, los intereses económicos y la actividad teórica e ideológica de los círculos académicos de la extrema derecha en Estados Unidos.

Con influencias de Antonio Gramsci, Michel Foucault y Franz Fanon, entre otras, sus obras fundamentales conforman una suerte de trilogía. *La cuestión palestina* expone las razones que condujeron a la alianza entre el citado *lobby* en Estados Unidos, sus elites políticas y las de Gran Bretaña, no sólo para crear el Estado israelí, sino para utilizarlo como punta de lanza en la conquista de los territorios vecinos y la destrucción de la cultura palestina. *Orientalismo* es una disertación erudita en torno a la imagen estereotipada del Islam, construida por las relaciones de poder impulsadas desde Occidente, en la que rastrea los orígenes y el desarrollo de la visión occidental sobre el mundo árabe e islámico en el marco del colonialismo. *Cultura e imperialismo* analiza la conexión de las grandes novelas y obras artísticas occidentales con el proceso imperial en el cual fueron concebidas. Said le otorgaría allí un papel notable a la novela como

¹ Edward Said, “Entre dos mundos”, *Fractal* n° 9, abril- junio, 1998, año 3, volumen III, pp. 93-112. <https://www.mxfractal.org/F9said.html>

constructora de sentido. Así, concibió al orientalismo como un modo de relacionarse con el Oriente, basado en el lugar especial que este espacio geográfico y cultural ocupara en la experiencia de Europa Occidental.

Sobre la base de la relación entre cultura y dominio imperial, estimaba necesario crear una nueva conciencia intelectual y política comprometida. Said consideraba a *Cultura e imperialismo*, donde aplica un método propio, basado en la “lectura contrapuntística”, como una suerte de continuación (y superación) de las ideas esbozadas en *Orientalismo*, pasando revista a narrativas entrecruzadas y superpuestas entre metrópoli y periferia, que revelan las secuencias de dominación, asimilación y resistencia cultural.

2

En uno de sus numerosos y siempre sugerentes textos, en los que abordara las relaciones de dominación neocolonial e imperialista establecidas por Estados Unidos y sus expresiones en la esfera del pensamiento social, Said señalaba la persistente disputa “entre, por una parte, una poderosa red de intereses y, por otra, otros intereses menos poderosos, amenazados con la frustración, el silencio, la asimilación o la extinción a manos de los más poderosos”. Y añadía que “la función del intelectual consiste en desenmascarar y esclarecer con la dialéctica la disputa aludida, y oponerse, desafiar y derrotar allá donde sea posible y cada vez que pueda, tanto un silencio impuesto como la calma chicha de los poderes en la sombra”.²

Con una mirada consecuente con la definición de Said, el pensamiento crítico presta atención hoy a una efeméride que simboliza la dinámica —contradictoria y asimétrica—, de las relaciones de poder en Nuestra América. Se trata del bicentenario del acontecimiento que da inicio al proyecto de dominación continental de Estados Unidos, tempranamente esbozado, desde mucho antes de que alcanzara su condición como imperialismo, el cual permanece en la actualidad en medio de fisuras o estremecimientos, remiendos o reacomodos, procurando mantener el control sobre la región. Se trata de un necesario paso analítico al enfrentar ese expediente de dominio integral, imperialista y neocolonial, oponiéndole una estrategia emancipadora, que aglutine de modo plural distintos criterios —revolucionarios, progresistas, emancipadores, reformistas, de izquierda—, avanzando hacia la unidad en la diversidad, en la lucha por la paz, contra el capitalismo neoliberal, el imperialismo, las tendencias conservadoras, de extrema derecha y fascistas en el continente. En ese camino, el pensamiento crítico latinoamericano tiene ante sí la responsabilidad de

² Edward Said, *La función pública de los escritores e intelectuales*, Colección Rebeliones, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, pp. 30-31.

enfrentar el desafío y de asumir la función que ha descrito Said. Así, se avanzaría en el propósito de promover una nueva conciencia basada en la comprensión y caracterización del nexo entre cultura, dominación neocolonial e imperialismo, que incluya una “lectura contrapuntística”, profunda y sistemática, al estilo de la referida, focalizada en las disputas por el poder.

El nacimiento de la Doctrina Monroe data del 2 de diciembre de 1823, y cumple 200 años. Su denominación respondió, como se sabe, al apellido del presidente en turno, James Monroe, pero su autoría se debió a su secretario de Estado, John Quincy Adams. Curiosamente, y tal vez menos conocido, casi ocho meses antes, el 28 de abril del mismo año, vería la luz otro documento que vendría a ser su antecedente inmediato: la llamada “teoría de la Fruta Madura” o “ley de la gravitación política”, concebida también por Adams, la cual dejaba claro el interés estadounidense hacia Cuba, como piedra angular en sus planes más amplios de expansión hacia América Latina y el Caribe, materializados con rapidez en los casos de México, las Antillas y Centroamérica. La contribución del Monroísmo como enunciación doctrinal originaria de la proyección exterior estadounidense, inspirada en la relevancia geopolítica de Nuestra América, ha sido decisiva como plataforma general que se ha retroalimentado a través del tiempo, al principio con las ideas emanadas de la Conferencia Monetaria y Panamericana, entre 1889 y 1890, cuya esencia denunció muy temprano José Martí; luego, a través de políticas diversas (unas funcionales y renovadas, otras gastadas y fracasadas), como las del Gran Garrote, la Diplomacia del Dólar, la Buena Vecindad, las del sistema interamericano apoyado en la OEA y el TIAR; después, con la Alianza para el Progreso, el Proyecto Camelot, el Plan Cóndor, el Programa del Comité de Santa Fe, el ALCA, los Tratados de Libre Comercio; y más tarde, con las Cumbres de las Américas, la Guerra Híbrida, entre las fundamentales, que han acudido a fórmulas no convencionales, a los llamados golpes blandos, a instrumentos parlamentarios y judiciales, a las poderosas redes sociales.

En el largo trayecto que va del siglo XIX al XXI, se han conjugado durante doscientos años las argumentaciones ideológicas que procuran establecer el consenso y control político interno necesario en la sociedad norteamericana, así como nutrir las concepciones y justificar las acciones de política exterior, acompañadas de un amplio espectro de medios económicos, militares y diplomáticos. De modo notorio, ello se hizo muy visible durante las casi cuatro décadas comprendidas en el período de Guerra Fría, entre 1946-1947 y 1989-1991, aunque luego de la desintegración de la Unión Soviética y del desplome del socialismo en Europa del Este, no han cesado las acciones de un imperialismo recargado, que ha sustituido pretextos que

manipulaba, al argumentar las viejas amenazas, como el comunismo mundial, por otras, como el terrorismo, junto a los procesos revolucionarios, emancipadores y de izquierda.

Es imperioso el conocimiento de la historia y la preservación de la memoria, como recursos de movilización de los pueblos, que estimulen la identidad nacional, posibilitando la concientización en torno a las razones o causas de la lucha, la definición de las formas que esta debe adoptar y contribuya a la identificación precisa del enemigo.

Justamente, José Martí decía en su célebre ensayo *Nuestra América*, que “conocer es resolver”. En particular, el conocimiento histórico es imprescindible. Con diferentes palabras, bastante conocidas, figuras descolantes han destacado esa convicción, que no puede tener mayor vigencia, sobre todo al constatar la efectividad con que el imperialismo norteamericano contemporáneo ejerce su injerencia y control a través de métodos de todo tipo: militares, económicos, diplomáticos, ideológicos y culturales, incluidos de modo protagónico los de naturaleza tecnológica, cibernética y mediática, empleando inteligencia artificial, drones y redes sociales, dominando no solo territorios y recursos materiales, sino también los corazones y las mentes, minando la identidad y la memoria. El olvido y el desconocimiento de las raíces no forman parte del imaginario ni de las prácticas emancipadoras contra el neocolonialismo y el imperialismo, como las concebía Edward Said.

3

El neocolonialismo y el imperialismo son los enemigos principales de las luchas liberadoras. Constituyen las formas de desarrollo que asumió el capitalismo mundial desde hace más de un siglo, incorporando a su dominación a las diversas regiones y naciones, a escala mundial, caracterizadas por rasgos específicos, en ocasiones, muy singulares. Sería un grave error, epistemológico y político, no advertir que cada país tiene su capitalismo, el propio. Sin embargo, el imperialismo, como expresión contemporánea del capitalismo mundial, neoliberal y global, tiene un peso inmenso en cada país, traspasa fronteras, penetra en la cultura, erosiona la identidad, uniforma patrones sociales ajenos, atenta contra la memoria, intenta legitimar prácticas fascistas, apela incluso al terrorismo, a ilegales y genocidas bloqueos.

Cuando se mira a América Latina y el Caribe como un conjunto, la cuestión se hace más complicada. Aunque en ciertos aspectos esenciales —y en muchos otros—, el continente es una entidad real, conlleva, a la vez, enormes diversidades. Cada país tiene sus estructuras y su historia



propia, su composición poblacional y sus formas de organización social específica, su acumulación cultural, sus ideas acerca de las cosas y de los caminos. El Estado nacional es la concreción más visible y trascendente de cada país. Y dentro de cada entidad nacional, existen clases y grupos sociales, con numerosas diversidades de origen, que tienen sus identidades, motivaciones, intereses y demandas, aunque hayan sido más o menos unificados por la nación. Sus miembros se reconocen como pobladores de una comunidad, de un país, por afinidades clasistas, profesionales, étnicas, raciales, de género (por ejemplo, como trabajadores asalariados, hombres, mujeres u homosexuales, campesinos, pueblos originarios, negros, jóvenes, desempleados, del campo o la ciudad). Hay líneas de confluencia que acercan a los grupos, frente a enemigos o desgracias comunes y otras líneas que los separan. Dentro de gran parte de los países del continente hay diferencias regionales de diverso tipo, que pueden llegar a ser muy profundas. Los latinoamericanos y caribeños poseen especificidades propias. Definir la identidad como “latinoamericana” o “caribeña”, por ejemplo, supone muchas cosas comunes y muchas que no lo son.

En tiempos de recolonización cultural, de reavivamiento de la intolerancia, de monroísmo renovado en su bicentenario, la contraposición entre mundos desarrollados y subdesarrollados, en los que se desnaturaliza y manipula la relación entre Occidente y Oriente, entre Norte y Sur, a través de coartadas ideológicas imperiales que difunden estereotipos nativistas, racistas y xenófobos, criminalizando a inmigrantes, la obra de Said, con la potencia de un eco que retroalimenta su voz, es buena consejera. ☒

Jorge Hernández Martínez. Sociólogo y politólogo cubano. Ensayista y presidente de la Cátedra “Nuestra América”, de la Universidad de La Habana.